

La verdad de la Memoria Histórica

Francisco Vigueras Roldán

Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica

El papel de la Iglesia en la Guerra Civil y la dictadura es uno de los capítulos más controvertidos de nuestra historia reciente. Durante cuarenta años, sólo se preocupó de las víctimas de su bando, entre las que hubo cerca de 7.000 religiosos que proclamó “mártires de la Cruzada” y elevó a los altares. Mientras beatificaba y rendía honores a las víctimas católicas, dejaba a los “rojos y ateos” olvidados en fosas comunes. Han tenido que pasar setenta años para que la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica hable en nombre de 90.000 desaparecidos. Se dice pronto. Ahora, un portavoz de la Iglesia reivindica lo que no hizo durante la dictadura, que “la historia ha de recordarse completa y con verdad”.

La verdad de la Memoria Histórica es que la Iglesia rechazó cualquier mediación o salida a la guerra que no fuera la rendición incondicional de la legalidad democrática representada por el gobierno de la República. (Julián Casanova, “Víctimas de la Guerra Civil”, Editorial: Temas de hoy). Es cierto que hubo violencia anticlerical y que merece nuestra más absoluta condena; pero no es menos cierto que la Iglesia, desde el primer día, apoyó y convirtió en Cruzada el golpe militar de Franco, proporcionando al general golpista la legitimidad que necesitaba para eliminar lo que el régimen llamaba mala semilla: “La violencia no se hace en servicio de la anarquía – justificaba Rigoberto Doménech, arzobispo de Zaragoza – sino lícitamente en beneficio del orden, la Patria y la Religión”.

El franquismo fusiló a 100.000 republicanos durante la guerra y a 50.000 más en la post-guerra, en nombre de Dios y de la patria, pero la Iglesia guardó entonces silencio. La mayoría del clero veía cómo se llevaban a la gente y escuchaban los disparos de las ejecuciones, pero no hacía nada para impedirlo. Los familiares de desaparecidos se acercaban desesperados a las parroquias en busca de ayuda y clemencia, y, salvo raras excepciones, sólo recibían el silencio por respuesta. El testimonio de Gumersindo de Estella, capellán de la cárcel provincial de Zaragoza, ilustra la disconformidad de algunos sacerdotes con lo que estaba pasando: “Mi actitud contrastaba vivamente con la de otros religiosos, incluso superiores míos, que se entregaban a un regocijo extraordinario y no sólo aprobaban cuanto ocurría, sino aplaudían y prorrumpan en vivas con frecuencia”. Es decir, una vez terminada la guerra, la Iglesia pudo favorecer la reconciliación, pero no lo hizo. También pudo retirar los símbolos franquistas de sus templos y catedrales, pero ahí siguen, para recordarnos quiénes fueron los vencedores. “El papel de la Iglesia, aunque se creyese atacada con injusticia, era muy otro, y nunca debió alentar a unos españoles contra otros”, escribió Manuel Azaña.

Tan sólo hubo iniciativas aisladas de reconciliación, como la del cardenal Isidro Gomá. Este cardenal, que había presentado la Guerra Civil como un choque de civilizaciones entre el espíritu cristiano y el materialismo marxista, rectificó en 1939, año de la victoria: “Tenemos el deber de perdonar y de amar a los que han sido nuestros enemigos. La grandeza de la patria, por todos querida, no se logrará sino en la medida en que se logre el espíritu de concordia y el sentido de unidad: los rencores entre los ciudadanos son el mayor corrosivo del patriotismo”. Pero aquella pastoral quedó en un gesto testimonial, que no encontró respaldo en la jerarquía eclesiástica: “Las tímidas

voces que se alzaron para proponer una consideración del enemigo como hermano fueron silenciadas sin contemplaciones”, señala el historiador Santos Juliá. A cambio de su colaboración con el régimen, la Iglesia obtuvo el monopolio de la religión en nuestro país, durante cuarenta años. Según el historiador Frances Lannon: “La victoria de Franco dio a la Iglesia Católica los privilegios más importantes que jamás haya tenido en la edad contemporánea: financiación estatal, control de la totalidad del sistema educativo y materialización legislativa de sus valores morales”. Unos privilegios que, todavía hoy, se resiste a perder.

Es necesario recordar que el régimen de Franco encontró en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini a sus mejores aliados. La división Cóndor alemana bombardeó sin piedad a la población de Guernika y la marina italiana ayudó a cañonear sin misericordia a los civiles malagueños que huían por la costa, desde la Málaga franquista a la Almería republicana. Es decir, la victoria de Franco fue también la victoria de Hitler y Mussolini. Semejantes aliados no fueron obstáculo para que Estados Unidos y el Vaticano se dieran prisa en reconocer al nuevo régimen. Setenta años después, el dictador descansa dignamente en el Valle de los Caídos, convertido en centro de culto y peregrinación para nostálgicos del franquismo, mientras miles de familias siguen buscando a sus desaparecidos por las cunetas de media España. Después de conocer la verdad de la Memoria Histórica, la Iglesia debería, al menos, pedir perdón a las víctimas del franquismo.

(Publicado en Ideal, 24 de agosto de 2006)

